

Rosen, Rachel; Chase, Elaine; Chase; Crafter, Sarah; Glockner & Mitra, Sayani (Editoras). (2022). *Crisis for Whom? Critical global perspectives on childhood, care and migration*. [¿Crisis para quién? Perspectivas críticas internacionales sobre la infancia, el cuidado y la migración]. London: UCL Press. <https://doi.org/10.14324/111.9781800080782>

A menudo se oye hablar de crisis migratoria, crisis de refugiados, crisis de la infancia, crisis humanitaria... Lo que revela la existencia de procesos globales donde los intereses geo-políticos se mezclan con las raíces coloniales dando origen a un régimen de fronterización. Estos regímenes determinarían quién tiene derecho a cuidar y quién debe ser cuidado, toda vez que las prácticas de cuidado implican una relación de poder. Este libro, liderado por Rachel Rosen, realiza una crítica –desde un enfoque intergeneracional– a las políticas de protección de los países receptores por su excesiva burocratización. En la práctica interventora, las niñas, los niños y adolescente se reducirían a categorías monolíticas (víctimas, menores, MENAS, etc.) al privarles del derecho a (auto)cuidar(se) en nombre de su resguardo, de allí que supondría una nueva forma de minorización. El compendio contiene catorce capítulos, está publicado en formato bilingüe (inglés y castellano) y es de acceso abierto, como muestra del pensamiento decolonial; además se incluyen ilustraciones de la artista de Meera Shakti Osborne.

En el primer capítulo (de Rachel Rosen) se presenta la situación del cierre de fronteras y securitización de las mismas en Inglaterra. Cuestión que ha originado que las travesías se vuelvan cada vez más arriesgadas (debajo de camiones) y las rutas más peligrosas (“pateras”). Desde una metodología participativa, el proyecto CCoM investiga las experiencias de cuidado intrainfantil que pocas veces son reconocidas por el sistema de protección. Es en los espacios móviles y en las situaciones límites donde emergería el apoyo mutuo y las “solidaridades emergentes” o provisionarias “desde abajo”. La edad se tornaría en una frontera que niega o garantiza derechos, mientras el tiempo pasa y la respuesta de asilo tarda; en el peor de los casos, llegará primero la orden de deportación.

El segundo capítulo expone una discusión entre Lehdía Dafa (estudiante de doctorado) y Elena Fiddian-Qasmieh (académica) en torno a los conceptos de crisis y cuidado aplicados en un contexto de refugio prolongado, como el campamento Saharai (Argelia, África). Se reflexiona sobre el proceso de adaptación y las redes de cuidado transnacional de una generación de chicas y chicos migrantes llamados como “cubarauis”, por su identidad mixta o bicultural.

El tercer capítulo (de Nohora Niño Vega) expone una etnografía realizada en el Centro de Migraciones de Cúcuta durante tres años, ubicado en la frontera de Venezuela y Colombia. La autora observó la aplicación del régimen de gobernanza migratoria que genera –indirectamente– el aumento del riesgo durante la ruta, asunto que denomina como “producción gubernamental de sufrimiento” (p. 306). Se identifica una excesiva burocratización del cuidado que entrega el estado frente a la fragilidad de las prácticas de cuidado que se proveen las y los jóvenes entre sí. Esta capacidad de (auto)cuidarse mutuamente demostraría un papel activo durante el proceso migratorio que “disloca la imagen de sujeto protegido”.

En el cuarto capítulo (de Nassim Majidi *et al*) se muestra el caso de las niñas y los niños migrantes que nacieron en el extranjero y fueron forzados a volver al país de sus padres (Afganistán). La experiencia del retorno fue narrada, desde el punto de vista infantil, como una verdadera deportación. La singularidad del capítulo radica en ofrecer resultados reveladores respecto a la vida cotidiana en un campo de refugiados, lugares complejos para la niñez, que podrían ser vistos como vulneradores de derechos.

En el quinto capítulo (de Andrea Cortés y Sara Joiko) se comenta una etnografía realizada en escuelas de Chile (en las regiones de Iquique, Antofagasta y Metropolitana), a través de entrevistas a madres y padres migrantes. El modelo monocultural ha imperado en la educación chilena, en el marco de un modelo económico neoliberal que, según las autoras, daría origen a una especie de colonización interna expresada en la supuesta blancura del pueblo chileno. Las autoras discuten el concepto de matriz colonial que daría origen a las jerarquías raciales, las cuales se (re)producirían en determinados modelos de escuela.

Sarah Walker presenta una etnografía realizada durante ocho meses en un centro de acogida solo para varones no acompañados. Durante la última década, más de noventa mil jóvenes –la mayoría varones– han llegado de forma solitaria a Europa. Se les denomina como “menores migrantes no acompañados”. A pesar de su soledad, ellos despliegan redes de apoyo, intercambian información y aprenden a utilizar las grietas del sistema (como una especie de victimización estratégica). Estos jóvenes saben que la minoría de edad es garantía de cuidado institucional, pero apenas cumplan la mayoría de edad, deberán cuidar de sí mismos.

Lan Anh Hoang expone la situación de la población migrante (originaria de China y Vietnam) en Rusia, personas que ingresan con visado de turista, pero luego pierden su estatus y quedan en una especie de “legalidad irregular” (indocumentados). Se muestra el caso de Quyên, una madre vietnamita de treinta y cuatro años de edad que trabaja en un mercado multiétnico, con su bebé a cuestas, quien a sus catorce meses de edad duerme plácidamente, ajeno a

las circunstancias. La madre había dejado a sus otros hijos en el lugar de origen y forma parte del flujo de familias empobrecidas que se han visto obligadas a emigrar.

Joyce Takaindisa e Ingrid Palmary cuentan la situación de las trabajadoras domésticas migrantes e indocumentadas de Zimbabue en Botsuana, país que fue una colonia del Reino Unido. En el proyecto colonial, las mujeres africanas eran consideradas como reproductoras de la nación; hasta la década los cincuenta existieron los Clubes Domésticos que las educaban en higiene, salud y deberes.

El capítulo de Matluba Khan y Sheik Rana está redactado en primera persona emulando la voz de Abdul, un niño de diez años de edad que proviene de Birmania y lleva dos años viviendo en el campo de refugiados Rohinyás en Bangladesh, junto a su hermano y abuelos. El niño dibujó las colinas que se ven en el horizonte, detrás de un río “suave en su fluir” (p. 398) que le recuerda la trágica pérdida de su hermano que cayó por la borda del bote, en el caudaloso río Naf (ubicado en la frontera de Birmania y Bangladesh), su padre saltó a salvarlo y ambos desaparecieron durante la travesía. A pesar de la compañía de sus abuelos y la educación que recibe en el campo de refugiados, Abdul se siente atrapado, con una sensación de asfixia. En este caso, la experiencia infantil en el campo de refugiados demuestra su ambigüedad: hay garantía de algunos derechos (educación), pero en el corazón habita un dolor.

Lauren Heidbrink utiliza ilustraciones de Gabriela Afable para exponer los significados de la movilidad juvenil, tomando distancia crítica del discurso de victimización institucional y sus tipologías. El capítulo ofrece una breve revisión histórica sobre el lugar de la población indígena en Guatemala. Actualmente el trabajo agrícola se ha tornado precario y mal pagado, por eso, la mayoría de las y los jóvenes emigran a Estados Unidos; a veces de forma solitaria y, otras, acompañados por otros jóvenes. Este reciente flujo proviene de familias muy empobrecidas. Aunque logren su hazaña, habitualmente son deportados: “Las y los jóvenes llevan a cabo el cuidado y pertenencia por medio de la decisión de migrar, ayudar económicamente a sus familias” (p. 405).

El capítulo de Valentina Glockner se relaciona con una etnografía multisituada realizada en México e India. Mediante dibujos y extractos de entrevistas, tuvo el objetivo observar los efectos del modelo económico en la niñez migrante y trabajadora.

El capítulo de Thea Shahrokh se inicia con los versos elocuentes de Sanija, una joven de origen burundiano que vive en Ciudad del Cabo: “a qué sitio pertenezco / (...) Hubo un lugar al que sentía que pertenecía” (437). Ella vive junto a sus hermanas en un centro de cuidado alternativo. Natasha (diecisiete años, nacida en República Democrática del Congo) quiere encontrar su voz propia y así poder contar su historia; mientras que Josep (veintitrés años) siente que necesita un ambiente seguro para expresarse artísticamente. El capítulo cierra con un poema de creación colectiva que fue editado por Sanija: “Soy el vientre de una mujer estéril / Soy la refugiada que se arrastró por el polvo de mil fronteras” (448).

Dos educadoras palestinas (Mai Abu y Yamila Hussein) conversan en su capítulo sobre la realidad de la juventud en contextos de (in)movilidad forzada, colonialismo de colonos y campos de refugiados. La política internacional y el impacto comunitario han creado nuevas formas institucionalizadas de separación física.

El último capítulo (de Kate Duffy-Syedi y Syed Haleem) exhibe el trabajo de la compañía *Phosphoros Theatre*, un colectivo compuesto por actores y dramaturgos refugiados de Afganistán, Eritrea, Albania, Sudán y Somalia, quienes montan la obra llamada: *Todas las camas en las que he dormido*, que ha sido vista por más de cuatrocientos cincuenta jóvenes refugiados. La intervención se nutre del teatro documental para mostrar la realidad de los jóvenes solicitantes de asilo: “Contar nuestras historias de esta manera. Las historias son nuestras y, al mismo tiempo, no lo son” (p. 469). Se trata de una *performance* que revela la dimensión estética del cuidado.

Con todo, este libro ofrece un panorama global sobre la situación de la infancia y juventud “ambulante” al integrar diferentes realidades a lo largo y ancho del globo. Se destaca la diversidad de procedencias tanto de investigadoras, pero, sobre todo, de contextos donde sus protagonistas son niñas, niños y adolescentes. Natasha, Abdul, Reina y Syed son algunas de las y los jóvenes que sufren los estertores del régimen fronterizo de minorización. Esta humanización del relato se valora, aunque suscita algunos dilemas éticos. Por ejemplo, no queda claro si los nombres que aparecen en el texto son reales o pseudónimos. Hubiera sido importante explicitar los protocolos éticos utilizados en la investigación con poblaciones vulnerables.

Si bien la etnografía resulta ser una metodología oportuna para estos casos, aún queda la duda sobre el proceso de consentimiento y asentimiento de los sujetos participantes, especialmente en aquellas situaciones de niñeces y juventudes migrantes no acompañadas, donde no habrían personas adultas que se hicieran cargo del cuidado infantil, ni tampoco tutores conocidos que pudieran dar el consentimiento para participar en un estudio científico (García y Birman, 2020). En las ciencias sociales, en general y en los estudios de infancias, en particular, durante los últimos años se ha masificado el uso de protocolos éticos para garantizar el respeto de los derechos humanos durante la investigación (Graham, Powell, Taylor, Anderson y Fitzgerald, 2013). Transparencia metodológica que merece ser analizada y cuestionada, pero en ningún caso obviada.

Sin duda, el texto tiene una impronta crítica expresada en la escritura metarreflexiva y la interseccionalidad aplicada a la producción de conocimiento científico. Por cierto, en algunos capítulos (números 6, 12 y 14), las autoras se reconocen como mujeres blancas, angloparlantes y con nacionalidad y pasaporte británico, explicitando una posición de poder frente a los sujetos estudiados que provienen de entornos empobrecidos. Sin embargo, no ocurre lo mismo con las autoras de origen latinoamericano, africano o asiático. ¿Acaso ellas no están situadas también en relaciones de poder y/o privilegio respecto de sus contextos? Hubiera sido interesante conocer los conflictos de interés que se generan en los territorios periféricos.

Por último, surgen algunas interrogantes sobre el reconocimiento del derecho a (auto)cuidar(se) en las niñas, los niños y adolescentes, lo cual nos remite al antiguo e irresoluto debate entre (sobre)protección, vulnerabilidad y au-

tonomía (progresiva) de la infancia. En otras palabras, una prospección de este libro podría ser la discusión en torno a los bordes de la agencia infantil y juvenil, entendida como “posibilidades de acción” (Alanen, 2000). Después de leer el libro, parece legítimo preguntarse: ¿Desde qué edad la criatura humana podría (auto)cuidar(se)?, ¿por qué resulta tan complicado hablar de edades y cuidados? Si vamos a aceptar que las niñas, los niños y adolescentes sean sujetos cuidadores y, al unísono, vamos a considerar las labores de cuidado como trabajo, en el caso de niños migrantes cuidando, ¿se les debería pagar dinero por esa labor? Una de las ilustraciones de Meera Shakti Osborne (p. 451) cuestiona el compromiso de las académicas y los académicos respecto de su grupo de estudio. Entonces: ¿Qué tiene que decir la academia crítica y la investigación de frontera sobre los bordes de la agencia infantil y juvenil y los cuidados? ¿Hasta qué frontera vamos a llegar?

Referencias bibliográficas

- Alanen, L. (2000). Childhood generational condition. Towards a relational theory of childhood. En: *Research in Childhood: Sociology, Culture and History* (pp. 11-30). Odense: University of Southern Denmark
- García, M. F. y Birman, D. (2020). Ethical Issues in Research with Late-Arriving and Unaccompanied Immigrant Youth. Translational Issues in *Psychological Science*, 6(3), 207-213. <https://doi.org/10.1037/tps0000268>
- Graham, A., Powell, M., Taylor, N., Anderson, D. y Fitzgerald, R. (2013). *Investigación ética con niños*. Florencia: Centro de Investigaciones de UNICEF – Innocenti.

Iskra Pavez Soto
Investigadora independiente
iskrapaz@gmail.com